

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

RENE VERGARA

AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO

Agrupación Amigos del Libro

Inscripción N° 46.869

COMITE DE EDICIONES

Roque Esteban Scarpa

Carlos López Labaste

Carlos George-Nascimento

Oreste Plath

Pepita Turina

Alfonso Calderón

Claudio Orrego Vicuña

Arturo Valdés Phillips

Carlos Ruiz - Tagle

Tiraje: 1.000 ejemplares.

Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento S. A.

— Arturo Prat 1428 —
Santiago de Chile, 1979

¿Quién soy?

Que *presente* me manda hacer Oreste . . . Plath, y casi me arrastra el ritmo contagioso del célebre soneto de Lope a Violante: “¡En mi vida me he visto en tal aprieto!”. Pero no hay tal, pues me es muy grato cumplir ahora y a mi modo sus órdenes gentiles. Con este poema, “Toro memorioso”, saludo y canto a René Vergara, lo incito a que nos diga quién es y qué representa en las Letras de Chile.

TORO MEMORIOSO

MERIDIONAL tan áspero, diamante
en bruto y alquitara de silencio,
te vas a desnudar como los árboles,
René Vergara, hueso de tristeza.

Burdel de muerte, que tu voz repita
de pie a cabeza todos los cipreses.
Las ceras y panales del olvido,
el viernes rojo, la campana ausente.

Yo no diré quién eres, ni el que fuiste
ni el que serás un día, ni qué has hecho.
Me basta con urdir tus imposibles,
tocar tu edad con llamas en las sienas.

Larga amistad no tengo con tus años,
te conocí de azor, puertas afuera.
Eras plata de peces y guijarros,
trino y polvo de plumas y de espejos.

Ahíto de ternuras y raíces,
de verde caparrosa y de vitriolo,
como un pan entre naipes, vulnerable
al amor de las hembras y del ocio.

Mi corazón de kiosco provinciano
sabe tu mano pedernal y yesca,
y el tango "Sur" que entonas al espacio
en la humedad que el tiempo ya no seca.

Y el párpado de cuarzo que te guarda
orgullo y soledad de ventisquero,
casa, metal, tizana, luminaria,
infancia en el país de oscuro miedo.

Amigo del clavel y de las uvas,
bárbaro fiel de plazas y de barrios,
animal de crepúsculos y lunas,
voz de siempre jamás, ronca y aparte.

Una y mil veces trompo y calendario,
viajero contumaz, pájaro de humo,
has de caer así como los toros
entre caballos y la luz de junio.

Vasco, vascón, vascuence, vascongado.
Vergara de verdad, verbo y verano,
con verónica azul cubro tus lágrimas,
digo tu nombre verdegal y manso.

¡Pelea ahora con tu ser fantasma,
tañe guitarras entre vino y greda,
al niño que nació de tus enigmas
muestra tus armas, siéntalo a la mesa!

Escarba en tus orígenes, manzano,
dinos la seña de tu flor y nata,
explícanos el hambre y sus agravios,
¡que se parta la nuez y arda la escarcha!

Y aunque jamás desates ese nudo
(porque todo es miraje y apariencia),
aparta Chillán Viejo y los aromos
con tu brazo de sombras y de abejas.

Bitácora de ayer, claves y chispas,
cartas de un mazo que tu sed baraja,
vida sin fin, verdades y mentiras,
tajo caudal y vianda de nostalgia,

¡danos el rumbo, vástago sombrío!:
patio, brocal y nubes y horizontes.
Muestra tu faz, tu lis, tu monarquía,
René Vergara, toro memorioso.

FERNANDO GONZÁLEZ-URÍZAR

Nací casi al final de la Primera Guerra Mundial, Maternidad San Borja, sala común. Una casona de dos pisos: ladrillos, patios llenos de ár-

boles y plantas, césped, fuentes, pájaros. Un buen lugar para nacer a la sombra o a la luz de este planeta mágico.

Vereda sur de la Alameda, entonces polvorienta y arbolada, con abiertos canales de riego. Alta ruta adoquinada descendiendo hacia el oeste, hacia el mar. Ex lecho de río dormido, con aguas que encantaron a Don Pedro, El Conquistador. Alameda de ciudad nacida en un ojo de agua, una "O" líquida, descomunal, para señalar una tierra sin par. La piedra labrada terminaba en la Estación Central: Escaparate de fierro enrejado donde el sur sigue mostrando hilachas de su viento helado y juguetón y partes minúsculas de su verde brillando en los rieles: largos espejos ferroviarios.

Hasta hace poco tiempo las locomotoras a carbón incendiaban el cielo, los bosques, las sementeras sureñas y trozos de pueblos: calles, esquinas y plazas ahumadas, envueltas en pitazos, estruendos y sacudones de esos gigantes de fierro. País largo el nuestro: Alameda de día y túnel de noche. Callejón verde para el sur y ocre para el norte. La alegría y la pena corren encajonadas 4.270 kilómetros longitudinales que unen lo tropical con lo antártico, el cobre hirviendo y el iceberg, volcanes

coronados de nieves eternas y la sal derramada, piños de archipiélagos, canales y desiertos, estrechos y dunas fantasmas, cabos y desolaciones, bahías y golfos que aparecen y desaparecen . . .

Mi infancia y adolescencia fueron movidas viajeras de la inconsciencia, del no entender: un incansable ir a todas partes.

* * *

Al sur del Estrecho de Magallanes la primera bahía lleva el apellido de un poeta del siglo xvii: Otway. En la punta del sur: Isla Horn: un cuerno para avisarle a los marinos del sur-sur que el sur también navega. Música geográfica y denominativa del hombre para focas y ballenas, para los blancos barcos de hielo que surcan el Paso Drake con tripulaciones de pingüinos curiosos y de aventureros lobos de un pelo que viajan hacia el norte para tatuarse los pechos con arpones chilotes. Soledad para visionarios de la angustia del hombre. Música blanca: un cuerno siempre suena en la proa de este barco-planeta, al menos, para mí, que no tengo norte . . . y que suelo viajar al revés.

Hay que pararse, al menos una vez, en las ori-

llas de las islas del sur para ignorar toda geografía, hay que caminar o gatear por la dura cordillera de nieve de Magallanes para olvidar los puntos cardinales y seguir, para no extraviarse, rastros de ovejas, de conejos en fuga, de perros cansados de morder aire frío, de huemules sin escudo, de guanacos distantes o el alegre y bendito humo del hombre . . .

* * *

Se pasa la raya de los sesenta años y uno ve a los magos del gran Circo Midas hacer desaparecer casas y calles, parques y plazas: la maternidad donde nació es hoy un sitio eriazado, solar donde se edificará un hotel de 23 pisos. Más de un humano será gestado allí: la diferencia entre cama y cuna es sólo el tamaño-tiempo del ocupante.

* * *

Siendo montañas por alguna sangre y primera crianza, prefiero el canto sordo y submarino de los peces orilleros.

* * *

A veces, cansancio de viejo aturdido por el bullicio, cierro los ojos y por encantamiento repetitivo, película del hábito, vienen a mi memoria los fieles harineros de caballos blancos o mis desholliadores enlutados. Los saco y los hago decorar el cemento gris de esta época de ruidos tristes, huecos, y sonrío al pasado. A veces enredo, inútilmente, mis volantines de hoy en las antenas de la T.V.: y soy pez mordiendo los zapatos de hierro de los buzos de azoteas, canto de pájaro contra tableteo de ametralladora. Mis visiones retrospectivas siempre terminan en un vendedor de remolinos de la Avda. Matta: Remolinos de papel ensartados en un largo rábano verde que, a su vez, está ensartado en un coligüe de mi memoria. Estoy mal recordando, a saltos, a manera de introducción, una vida humilde: mi infancia y adolescencia llenas de misterios y milagros.

Un escritor es —si es que lo soy— un ser de rol vital, extraño, increíble: Dotado de sensibilidad inclinada hacia “lo malo” y “lo feo”, —siempre estoy escribiendo sobre crímenes y criminales—, me arranco hacia la ética de los santos y hacia la estética esencial como realidad del conocimiento sensible y del arte. Ahora, viejo, estoy casi cons-

ciente de la involuntariedad de mis extravíos, así como de la involuntariedad de la ruta seguida por vida. Creo, además, que a todos, de uno u otro modo, nos sucede lo mismo. Analizar una vida humana, partiendo de la propia, es más complejo de lo que suponemos: El determinismo es una roca muy difícil de horadar: Lo que llamamos azar, contingencia, providencia, circunstancias, sinos, son flechas dirigidas. Nos falta saber bastante más sobre nosotros mismos para establecerlo con claridad. Sé que el camino hacia el IN es el de Damasco y Santiago.

En la percepción de fenómenos socio conductuales de esta índole llevo más de 4 décadas. No es broma pesquisar “el azar” a través de cientos de rutas nacionales y extranjeras para concluir diciendo lo que he dicho.

Ignoro qué es lo anterior y suelo describir lo que va a ocurrir... como ocurrido. Dueño de una memoria sin tiempos y de un juicio irracional, paradójico, personajes y lugares de la vida real entraron en mí y en mis libros. Siguen en mí. Estoy parado, detenido, y conmovido en demasiadas esquinas de esta tierra nuestra.

¿Desde cuáles ángulos puede ser examinada la

vida, de cualquier hombre, si el solo hecho de existir es inexplicable?

* * *

Dios, que siempre se exterioriza, debe habitar en lo interno: Unica forma posible de entender la exteriorización.

* * *

A principios de este siglo los santiaguinos usaban el canto, el silbido, el arrullo, la sonrisa, la risa y el asombro. Los santiaguinos eran "candorosos", ingenuos, inocentes. ¿Siguen siendo así? Se les engañaba y se les engaña, cierto; pero son más sanos y alegres que los engañadores. El chileno parece ser más sentimental e intuitivo que analítico; lo colectivo nos parece más importante que lo individual. Nos agrada lo espiritual, sin ser hegelianos, hasta la irracionalidad: El Culto a las "animitas" milagrosas —toda "animita" lo es— corre desde Arica a Magallanes y nadie puede probarnos que no tenemos razón, como pueblo, para sostener tales creencias... Ningún adulto estaba

tan lejos del niño como para no entenderlo. Abundaban los circos: cualquier santiaguino o porteño cincuentón puede nombrar, por sus apodos, 3 ó 4 payasos: los que hirieron, por vida, sus memorias infantiles. Los hombres de rostros enharinados permanecen en mí con sus voces falsas, sus gestos mecánicos, sus trajes multicolores y sus pantomimas repetitivas, están junto a tempraneras banderitas de papel que anunciaban —y con las que los niños celebrábamos— las grandes fiestas de la Patria; están junto a heladeros bulliciosos que transportaban “el bote” en carretelas, junto a perinolas dormidas sobre las amplias veredas de San Diego, trompos y taguas mojados para que bailaran sin ruido; chonchos, ñeclas, volantines, “pavos” de seda, gitanos bailarines y, Uds. ya lo saben: harineros y deshollinadores, aguadores, “faltes”, lentas y pesadas carretas tiradas por bueyes, tranvías ruidosos, encendedores y apagadores del alumbrado público, policías montados y policías vestidos de azul, con cascos y bigotes, sin armas, tocando unos estruendosos pitos de madera: el “tulí tulá” de amaneceres, medianoche y atardeceres que levantaba cercanos y lejanos coros de gallos y perros. Y unas enormes carrozas negras cruzando, al trote

de potros enlutados, los adoquines "atamborados" de la Avda. La Paz. Casas bajas con 2 ó 3 patios llenos de árboles frutales, gallineros y hasta pequeñas lagunas con gansos y patos. Vendedores callejeros de alimentos: tortillas, pequeños, patas cocidas, guatas, castañas, mote caliente, mote con huesillos... Un mundo lleno de vidas limpias, alegre, espontáneo, libre. ¿Qué guardarán en sus memorias los niños de esta época? ¿Qué escribirán aquellos que, como nosotros, tengan un futuro literario? Porque la literatura también es crónica social con muchos cronistas-actores del diario vivir. Ningún escritor ha inventado la miseria, la crueldad o el miedo. Los mineros de Baldomero Lillo, los conventillos de Nicomedes Guzmán, los ladrones de Manuel Rojas y los mendigos de Juan Godoy, existieron, existen, aumentan. Yo aprendí a abrazar desconocidos, la Noche de Año Nuevo, en la Alameda tierrosa, cerca de San Francisco, y más de una vez fui regalado por viejos pascuales de mi barrio que tenían las manos callosas y las voces envueltas en hálito de vino tinto o ponche en culén.

Nadie nace hoy en maternidades gratuitas; ningún humano, sujeto a sueldo o salario, puede ser

generoso con niño alguno, aunque éste lleve su misma sangre y la misma endurecida sonrisa-morriqueta . . .

* * *

Casi todo ha sido o es agua en mi vida de pisciano tardío: mi esposa es Acuario y mi hijo menor, por el que de nuevo vivo, compartiéndolo todo, es ya un pisciano de 13 años. Ocurre que creo en los ciclos: Primavera, verano, otoño, septiembre 21, diciembre 21, marzo 21. El sol, la flor y su aroma, el viento cálido, la noche para llenar el aire con palabras tibias conversando con otro ser en los rincones grises de la ajena luz lunar. Esquivo el invierno porque escribo con frío: Entonces soy sólo una llama girando sobre el papel, una sangre lenta y una piel dura, espeluznada. Ah, pero corrijo en cualquiera de las otras estaciones: Corrijo al sol la ausencia de vida del invierno.

Creo en los ciclos como cualquier observador normal de la naturaleza: Regreso a horario cósmico de los cometas, regreso de las mismas lluvias viejas-nuevas, metamorfosis del hombre y de la mariposa. Yo ocupo el sitio de mi padre, que no

era, afortunadamente, muy adulto y mi hijo ocupará el mío. Yo voy hacia la muerte y antes fui la mitad necesaria de otras vidas. ¿A qué o a quiénes me uniré cuando me muera? ¿Al potro blanco recortado en la colina? ¿Al aroma del jazmín Sanfelipeño? ¿Al aliento de un buey agónico echado en las aguas de Angelmó? ¿A la marcha inaudible de un fantasma londinense, al coro de los vascos o al de los irlandeses? El hombre, sus signos y sus ciclos y todo lo que nos rodea están, para mí, enlazados, desde siempre, con simultaneidad de contrarios necesarios para ser luz y sombra, por ejemplo. En literatura han existido y existen hombres cuyas luces y sombras han jugado y juegan con estos ciclos misteriosos, maravillosos: Villon, Corbiere, Verne, Rimbaud, Poe, Pound. Este escribió: "Todas las épocas son contemporáneas. Hay muertos que son contemporáneos de nuestros nietos". Y crípticamente: "Quedé inmóvil, como un árbol en el bosque, sabiendo la verdad de las cosas hasta entonces ignoradas".

* * *

Varias veces, en las primeras líneas de estas páginas, he citado el sur porque soy un cardinal su-

reño, un cardinal verde, aguado: Mi raíz de lluvia alada floreció y florece en la tierra más acuática de este planeta, tierra que ha sido y sigue siendo la brújula de mis embrujos. El tapiz de los sillones de mi casa es verde de pasto corto, cerril, colinero, orillero de lagos y ríos. Donde termina el respaldar del sillón de mi escritorio empieza el verde de la rama de una pequeña palma ventanera y el verde casi transparente de las finas hojas de un mandarino nacido en San Vicente de Tagua Tagua. Cuando llueve en la calle Erasmo Escala —ex “Galán de la burra”— en una de cuyas casas—departamento moro, y cierro los ojos, mi sillón se convierte en blando navío del Itata azul, del Bío Bío gris, del blanco y saltador Cautín, del Imperial glauco o del celeste Petrohué que, a veces, sube al cielo. Y no quiero abrir los ojos porque esos ríos de mi adolescencia son atravesados por el harinero y su caballo, el moño lustroso y negro del cabello de mi madre, los pasos de hada de mi tía Lucrecia y la no muy firme voz de mi padre-abuelo. El tiempo se me va al agua de esos ríos y dejo de ser pasando como la sangre, como la vida.

* * *

Aprendí a gatear, caminar, correr, saltar, nadar y soñar en los contrafuertes cordilleranos de la hacienda “La Dehesa”, hoy, “Lo Curro”, orilla norte del río Mapocho. Mi madre, doña Rosa Ramona Vergara Cortés, de 17 años de edad, tuvo que “exiliarse” en la montaña porque llegué llorando estruendosa e interminablemente a este mundo: Traía conmigo, según testigos fidedignos, un largo, salobre y tibio collar de lágrimas y un par de pulmones amplios, sanos y cuerdas vocales firmes. El inspector Cortés fue un niño fuerte, huraño, tímido e inexplicablemente llorón.

En esa época en “La Dehesa” —tierra destinada a pastos— se criaban caballos y vacunos. Mi padre, Don Manuel Vergara, era herrador, amansador y agricultor. Mi abuelo, contrabandista de animales, tenía, allí, una casa y un potrero. Crecí entre potrillos saltarines y corredores, terneros hambrientos, lagartijas de ónix, cóndores alquitranadores del cielo, mariposas inalcanzables, sapos gordos, loicas parejeras y unos largos y fríos gusanos rosados. Para mí, hoy como ayer, todos nacidos sin razón alguna. Es difícil que un hombre se explique los designios de Dios, y lo es aún más para el que siempre ha creído que su espíritu es viejo y

sombrío. Sé que mi modo de sentir y creer expresa una antigua locura geográfica “social” (?), multigeneracional: mi sangre es vasca, castellana e irlandesa. Entre los mitos, creencias y leyendas de esos pueblos debe estar la mayoría de las historias de este mundo y muchas de mis locuras . . .

Mi llanto se detuvo definitivamente ante los muros graníticos y solitarios de la cordillera. El llanto, mayoritariamente, es público: obedece a una necesidad o capricho a satisfacer. Se necesita, al menos, un espectador-madre mágica, que pueda entendernos y darnos lo que queremos: Cuando así lloramos aún no hablamos; presentimos, intuitivos, es aún el baile del pataleo y jilibeo imprecisos.

Empecé a escalar rocas grises tratando de alcanzar las piedras lilas . . . de la luz poniente. Un espejismo como cualquier otro que aparece en el uniforme de los obispos, en algunas piedras semipreciosas y fundamentalmente en las flores arracimadas y en forma de pirámide de un arbusto oleáceo originario de Irak. Azul y lila son voces persas, bíblicas, paradisiacas. Alguien, que se pluraliza en la unidad, creó los signos y extraordinariamente singularizado, creó los originales. Allí

calzaron. No lo supe en Asia, lo supe aquí. Me parece que siempre lo he sabido o, al menos, desde hace algunos siglos. En primavera y verano los cielos de Irak e Irán son lilas y azules como las aguas del Eufrates y el Tigris, que van tiñendo hábitos y suspiros hasta caer en el Golfo Pérsico a través del "Chat el Arab", río espejo hecho con violetas chilenas.

Mi mundo infantil estuvo lleno, obviamente, de cosas y seres sin voces humanas. Crecí en una libertad que muy pocos niños han conocido. Mudo o solamente gutural ante la sombra y la luz, entre lo bajo y lo alto, entre el aroma tenaz del eucaliptus-bosque y el infiel de la rosa agostada o tempranera; entre bostas frescas, vahorantes y leche tibia; babas largas, brillantes, transparentes, relinchos, mugidos y piafares de los potros sobre el suelo. Crecí acompañado o vigilado por dos lechuzas comedoras incansables de pan duro y un perro chico, viejo, vago de raza, con el que aprendí a reír mirando mis pies y mis manos morados por la escarcha: él ladraba y yo chillaba. En los planos o caminos nos acompañaba un potrillo blanco que crecía por minutos. Formábamos un trío corredor, alegre. Sólo y simplemente vivíamos:

Un estado al que me ha sido imposible regresar y que siempre, como ahora, rememoro con agrado:

Las hormigas ya estaban cruzando las piernas del inmóvil muchacho que, con su cuerpo intencionalmente azucarado, con un párpado apenas entreabierto, mirándolas caminar procesionalmente, sonreía. Su quiltro, al que también había llenado de granos de azúcar amarilla, manos, patas y cola, se hacía, como su amo, el dormido. Parece que pulgas y hormigas no hacen buenas migas: El perro se alzó al ser picado en el lomo: En el salto trató de morderse en el lugar de la picada. Corrió en círculos estrechos mascando viento y ladrando. El muchacho gritaba. Riendo uno y ladrando el otro se dejaron caer en las aguas del canal de riego. Ahogaron cientos de hormigas y decenas de pulgas. El potrillo blanco nadaba con un pequeño jinete desnudo. Salieron a secarse entre las rocas calientes del estío. Corrieron montaña arriba como queriendo cazar pájaros cordilleranos. Se cansaron. Cuando el aire se hizo frío y empezaron a oscurecer las rocas obispales, el niño, de regreso, vestido y nocturno, se acercó, como todas las noches, con su perro y su potrillo, a las casas de los campesinos de La Dehesa. Traían olor a

tierra virgen, a pasto de monte, a hinojos: eran tres emisarios del verano que, entre cabellos, pelos y crines, envolvían luciérnagas diminutas y fragmentos microscópicos de estrellas del cielo andino.

* * *

En una carreta tirada por bueyes viejos, mi madre y yo regresamos a la capital por el polvoriento Camino de las Condes. Ese viaje separa el primer capítulo del libro de mi memoria: Sauces plomos en los centros y en las orillas de un lento río verde, vegetal; mi perro ladrándole a las moscas de su rabo erguido y girando como una perinola de pelos cortos y suaves; la carreta chirriando los pasos de piedra; mi gorda madre sentada sobre el piso, cerca de la lanza, dormitando. El sol guiando hacia el oeste bueyes, boyero, perro y dos destinos humanos unidos como la voz al aire. Tres gallinas castellanas, de patas amarradas con tiras de camiseta, cacareaban susto. Me dormí al final de ese largo viaje en brazos de leche y cielo. Frente a las "Cajitas de agua", Plaza Italia, a metros del lugar donde había nacido, desperté: El río, prisionero, cantaba y corría entre murallas altas.

Seis años encimando riscos, hurgueteando raíces de yuyos, correteando nubes bajas y loicas altas, me convirtieron en un niño natural, espontáneo, libre, auténtico. Mi viejo espíritu estaba alegre con su nuevo rol: compartir un mundo de animales y vegetales, agua, tierra verde y cordillera. Llevo en el alma tatuajes de truenos, relámpagos y rayos. Fueron mis primarios profesores del pánico: Me enseñaron a temblar, a temer lo vago, lo impreciso. Me enseñaron la transitoriedad de la vida al quemar y carbonizar, ante mi asombro, animales y árboles.

Un pequeño canal de riego me enseñó el sonoro alfabeto del agua que pasa. Aprendí a escribir sobre la agonía y la muerte del agua al sol y sobre la vida cuando el agua descende.

Un bosque de eucaliptos me enseñó música de ramas. Un guijarro abrió, en mi pie izquierdo, la dolorosa página de la sangre.

Bajaba hacia las casas cuando el hambre saltaba ruidosamente en mi estómago. Las lámparas de carburo, luces pequeñas, verdes, alineadas, parecían hacerme guiños de esperanzas. Siempre bajé con estrellas. La noche sigue siendo para mí la

hora de la llegada a casa: Tengo al revés el horario de Drácula y murciélagos.

Los domingos mi madre me llevaba a una pequeña capilla blanca, llena de murmullos. El cura, tordo en alto, susurraba, a veces cantaba. Su voz, pastora de voces nuevas, sólo enmudecía cuando alzaba una brillante copa amarilla entre sus manos flacas.

Mirar y oír era lo mío entre las gentes. Estos verbos, monedas vagas, formaron la alcancía celular de mi pluralizada y extraña memoria: siempre hay lechuzas en mis árboles y noches, mis curas son aéreos, todos mis niños cantan, mis caballos son blancos, uno en especial: el padre de todos mis potros, amigo suave, tibio, alegre, crecedor y querendón. Mis manos fueron mi cerebro. ¡Cuánta piedra convertida en pájaro! ¡Cuánta rama seca convertida en barco! ¡Cuántas plumas viejas, de patos, tiuques, loicas y gallinas, fueron coronas para mi perro y para mi potrillo-potro! El frío y el calor, la lluvia helada y la nieve, el aroma y el color fueron mis primeros libros de vida y muerte, con capítulos de pájaros tiesos, abejas desaparecidas, zorzales mudos, flores convertidas en polvo oscuro y liviano, y, luego, el silencio de los campos

blancos, el calor de los leños crepitantes, el cielo gris, el sol en el olvido. Mi perro, echado sobre el piso de tierra, inmóvil, ladrando para él y para mí la presencia de tantos fantasmas: muertos en un corto ayer, desaparecidos en el hoy del ay, enterrados o semienterrados, prófugos de la dureza dictatorial del frío para . . . pobres. Sueño y vigilia, camino de pesadillas primerizas: Despertaba cayéndome de copas de árboles rojos, me despeñaba junto a multitudes, traspasaba nubes de quejidos. Siempre estaba girando y cayendo, girando como un trompo o como este incansable y mágico vehículo azul-verde. Aprendí a esperar por los cogollos. Alargué los oídos hasta los trinos nacies. Me convertí en intérprete de nubes negras atisbando por blancos antiguos. Acechaba el pelaje de gatos y ratones. Mi propia piel me iba diciendo que la tierra iba otra vez hacia la primavera. Siempre me ha gustado ver la aparición de las cuncunas y sus marchas procesionales. ¡Qué verdes son! ¡Qué tierra viven! Un día se cuelgan en la sombra, eternas novias de la muerte breve, hasta que el sol las reconvierte en pequeños astros alados, coloreados, misteriosos. Flores en vuelo,

flores para el aire. La oruga de ayer que sube al cielo.

¡Tan lejos de la luz que está el mirar! Alguien o algo lo calculó todo: ojos, objetivo, luz, inversión de las imágenes, formas y esencias. Podemos alterar lo visto y recordar original y alteraciones. ¿Dónde empezó el mirar humano? ¿En el fondo del mar único? ¿A la altura del plancton sin memoria? Aprendí a mirar hasta ennegrecer; así miré 15 años a la mujer que hoy es mi esposa. La sigo mirando en su hijo y en él hasta la escucho con su ahora fresca voz de hombre. No ando buscando la causa de la luz porque sé que es la misma que creó los ojos. Mirándome hacia dentro, última ruta natural del buscador externo, cada vez soy menos. Un día de estos, marzolianos o abrilenos, veré, fuera de mí, indicios de mi alma y sé que me desharé en el aire como una voluta de miedo, de llanto viejo, de angustia eterna. En el centro de mi encéfalo hay una lámpara que me permite ver la muerte de mis células: el ahora lento y desteñido azul de mis asociaciones, el tardío temblor, casi lila, de mis recuerdos y hasta las viejas y queridas ideas cayendo, resbalando o simplemente reptando en las sombras de mi aún inviolada caja ósea.

Muriendo cuando escribo "infancia" mi viejo cerebro, que tanto conoce ese camino, se demora: allí quiere quedarse y yo con él. Nos ubicamos en las orillas de los primeros gritos, en los primeros rostros modelados por la frecuencia del ver, en voces y en imágenes que lo sacudieran estructurando su estructura. Las vírgenes neuronas del ayer, las del oír y el ver, son las mismas que miran y escuchan el hoy. La distancia siempre estuvo fuera: Jamás ha sido mía. Allí están, por ejemplo y muy adentro, el vasco de los aquelarres, el castellano de los primeros cánticos y bailes, el irlandés de mi mejor abuela.

A comprender se aprende entre levísimos estrechamientos íntimos, moleculares: átomos organizados, simples y compuestos, que agitan la vida de las nacientes células nerviosas que nos ordenan el gusto por el color azul, que llevan nuestras manos a acariciar una piel oliva, a escuchar, como estatua de tímpanos, una voz, siempre la misma. ¿Cuántos milenios tienen estos mecanismos de magia y locura? A veces, un "a veces" muy largo, alto y hondo, creo que el hombre aprendió a ver con los ojos de los primeros peces en el horizonte movible de los mares: pez-pájaro mirando hacia la

tierra, pez-pájaro-hombre mirando, de cuando en cuando, hacia los cielos. ¿Será así? Mi espíritu no dice nada porque sus días, los de este ya largo hoy, de 60 años, se están contando con rapidez, y es el mismo que llorara desde la maternidad a Lo Curro, el que sigue persiguiendo lilas, el que tiene la memoria poblada de fantasmas inmemoriales. Nos gastamos escalando otras montañas, sumergiéndonos en ríos de otros continentes. Con él fui o me llevó o nos enviaron a todas partes. Hemos envejecido juntos y junto a otros, a muchos. Aprendimos a dividirnos para usar el diálogo que siempre es más humano que el monólogo o la orden. Ahora, escribiendo las páginas de este "quién es quién" indivisible, sonreímos recordando a un niño vacilante, temeroso y llorón entre las afiladas y escarpadas rocas andinas. ¿De quién es qué? Yo tengo alguna conciencia de lo mío: vida dada por otros, nombre dado por otros. Una larga cadena de anteriores recientes y cercanos. ¿Qué es verdaderamente lo nuestro, lo propio? ¿Lo que usamos durante el tránsito vital? ¿Qué? Mío fue el dolor de la espina clavada en mi mano, mía la risa que aparece en mis labios al recordar tanta pasión hecha jirones, tanta fe ilusionada hecha cenizas. Mío parece ser

el poder recordar mis trayectos y detenciones, escogidos o determinados. Mi guitarra, mi guzla turca, recién sé que tiene lo que siempre tuvo: una sola cuerda y otro la hizo y otros la tocaron y la tocan. Este es el rol legítimo, el más humano: conscientemente y hasta el final la seguiré tocando para otros... Mi espíritu viejo y llorón siempre lo supo. ¿Teoría? En cada nacimiento el espíritu eterno empieza a enseñar a la nueva-vieja creatura que habita. Es un recomenzar, un reaprender, un resentir y rever. En el humano no ha muerto instinto alguno. Cuando tan viejas lecciones son aprendidas termina la dualidad, la lucha, la oposición, la dicotomía, el desdoblamiento del hombre, divisiones que suelen llegar hasta el mismo corazón de la esquizofrenia. Entonces viene la paz que, como valor auténtico, procesal, es interno, íntimo, lento. Y nace el deseo de comunicar, inútilmente, el hallazgo: Los otros humanos ya no escuchan y terminamos por ponernos a la orilla del camino, en la ruta de soledad de un nuevo libro, tras la honrosa condecoración del olvido. No olviden que fui, durante años, confesor de agónicos y difuntos.

¡Es tan hondo el oír que tiene todo el tiempo

de la vida! En mi memoria hay varias campanas azules: una para cada infancia; llevo, siempre conmigo, el recuerdo acumulado de cascos cabalares envuelto en aroma de pino y luz morada. Cascos orquestando piedras americanas, europeas, asiáticas y africanas, pasando por mi adultez y mi vejez reciente. El que creó todos los escenarios, roles y actores, el que jamás se ha repetido en cosa alguna, a mí me hizo testigo del oír y del ver.

En Cautín, tierra de mi adolescencia, un balido significa grito de carnero, y era frecuente ver jóvenes indias pastoreando. Una tarde, frontera del día y la noche en la Frontera, en el silencio de altos y escarpados roqueríos, oí un balido y la voz de una india joven. Mi caballo, araucano, empezó a cabecear, a hacer extraños. Los balidos y las voces nos cercaron. Empezó a llover. La mano derecha del inquieto pingo resbaló. Tiré de la rienda y afirmé las piernas. Quedamos mirando hacia abajo: mi potro también medía la altura y el peligro. Retrocedimos... orando. La noche llegó rápida, veloz, aumentando el miedo de la cabalgadura y del cabalgador. Otro balido sonó cerca: El caballo paró las orejas, relinchó, dejó de temblar y empezó a descender. Solté las riendas. La

bestia parecía danzar, entre ruidos de vivientes: Un coro alegre, animoso, vital, conformó una linterna audible, un estandarte para tímpanos: Música entre la lluvia, la oscuridad y el precipicio. En minutos llegamos al camino ancho y seguro. Un rayo mostró, en lo alto de las rocas, una india de greda y un ciervo de luz . . .

* * *

Calle Salas, barrio Vega Central. Mi madre había dejado de ser campesina para transformarse, a la muerte de mi abuelo, en obrera de una fábrica de uniformes. Debió dejarme en una casa-cuna. Todos los niños éramos hijos de obreras. Nos cuidaba —es sólo un decir— una señora gorda y tetuda. Los de 6 años éramos los mayores. Allí estaba el idioma de los míos: llanto, orines, defecaciones, mocos, gritos, talco, algodones, pañales y melindres a las horas de las llegadas de las madres. De la paz viviente de La Dehesa al primer infierno. El cielo estaba allí, en el patio herido por la luz. Cielo con sol de muestra, pájaros y niños enjaulados. En puntillas llegó a mí la nostalgia en una versión de lágrimas asomadas: vías entre

los cerros, aguas libres, siestas y cabeceos con despertadores de aromas: El largo cuchillo de los eucaliptos del norte, el tul de las rosas del sur, la lanza siempre fría del este alto y el oeste con su picor a orines. Echaba de menos el humo de los hornos de barro y el olor a pan mañanero impregnando hasta los cogollos de los aromos solitarios. Siempre he querido ser un bosque de aromos en primavera . . .

Escalé pequeñas cunas blancas y sillas hasta alcanzar la reja del portón de hierro. Huía de mi pequeña prisión infantil y entraba al taller a ver a mi madre, a tenderme en el piso de madera lleno de guerreras nuevas. Dormitaba o dormía con los ojos abiertos. El ruido de las máquinas de coser motorizadas, enfiladas, tampoco he podido olvidarlo: demasiadas espaldas curvadas sobre géneros: Espaldas de mujeres flacas, sudorosas, cansadas. Mi gorda madre era la única que misteriosamente sonreía . . . al verme libre.

Una tarde cambié la dirección de los pasos y me encontré, a boca de jarro, con la Av. La Paz. Estaba a una cuadra de la calle Salas. ¡Qué encuentro! La muerte y yo llegamos a ser, con el tiempo, casi una misma cosa. Un vehículo negro, alto, ce-

rrado, brillante, tirado por dos parejas de potros enlutados, casi al trote, pasaba por la esquina de Dávila. ¡Mi primera carroza! Flores en círculos. Apurados hombres vestidos de oscuro. Ese cortejo se convirtió en clisé: por esa imagen han pasado y pasan mis muertos y los ajenos, los que murieron en paz, que son tan pocos y los otros. El ataúd me pareció de roble: un árbol muerto para un hombre muerto. Me pegué a la muerte y sus ritos, al misterio del ser detenido en sus palpitaciones: a la sangre celular inmovilizada, provocando la muerte de millones de células, incluso la de aquellas que alguna vez sirvieron para pasar la vida de unos a otros. He ido más a los cementerios que a los cines. La morgue y el Hospital San Vicente, la Escuela de Medicina, los marmoleros y el Cerro Blanco, fueron mis nuevos paisajes...

En la Vega, a otra cuadra de mi casa-cuna, estaban las frutas y las abejas, carretoneros siempre vociferantes, bueyes como los de La Dehesa y hasta un charlatán moreno, bajito, enserpientado, inolvidable. En calle Echeverría con Av. La Paz descubrí las mulas y los machos de la Municipalidad. Eran los que tiraban los carretones de fie-

ro, huecos, llenos de agua para regar los árboles callejeros . . .

Sé muy bien, ahora, por supuesto, aunque parezca increíble, que antes de lo nuevo está en mi el recuerdo. Fui un niño con memoria antigua, lejana, extraña: Yo sabía de la existencia de esos animales aguadores y fui a buscarlos. Un día el hombre encontrará el medio de establecer que el tiempo es uno, que vivir es un ciclo eterno, modificándose, modificado; que la inteligencia es una y no tiene edad.

La cuidadora de la casa-cuna, doña Hortensia, me acusó y mi padre, a la sazón, capataz de una cervecería de la Av. Independencia, me retó, me pegó y me matriculó en la escuela de la calle Dávila. Cientos de niños peleando y gritando. Los había altos como los hombres. Oía al profesor sin entenderlo: Su lenguaje me era más extraño que el de las diucas o jilgueros. Yo estaba fuera de las voces humanas, esas que corresponden a la cultura social, a la antiquísima práctica de intercambiar sonidos con significados convencionales: El ancho mundo de las frases hechas donde suele desaparecer el pensamiento creador. Mi tía Dominga, hermana de mi madre, 11 años mayor que yo, liceana,

se apiadó de mi incomunicación, y llenándome la cabeza de chichones, me enseñó a leer en el Silabario Matte. Fui feliz llamando con nombres raros a las cosas que tanto conocía: Cielo, cielo azul, cielos: De los cielos el azul. Seguí jugando con los vocablos: Río, río de aquí y de allá: Delgado río de la lluvia, agua levantada, larga procesión de peces de agua dulce hacia el mar; agua rescatada, molida, alada, que volverá a volar. Yo, que en La Dehesa había sido pastor de ríos altos, ignoraba las voces del canto de los cantos...

El nombre y la cosa se entrelazan en nuestra mente, y las funciones vitales, reales, se nos siguen escapando. Por algunos caminos de este planeta busqué más cosas: No las hay. Sólo encontré palabras, otras palabras.

Pegado, unido a ellas, me convertí en silencio. He abierto voces en el aire, a pleno sol, en desiertos extranjeros; he deshecho voces españolas bajo la gris lluvia inglesa; las he cubierto con nieve escandinava, las he agitado en mares y océanos de otras latitudes; he rezado y cantado con ellas en países lejanos o en esta, mi todavía larga jaula verde; con mis voces hispanas he dicho amar en tierras de otras lenguas. Al medio siglo de prácti-

ca llegué a la antivoz, al antirruido. Creo que mis primeros 6 años sin voces me sirvieron, en esta infancia, para entender que la idea no es la palabra: la idea es imagen, olor, sabor, superficie, color, recuerdo, vivencia del alma, inteligencia muda, primigenia. Hay una realidad maravillosa en las profundidades del lenguaje esencial, inaudible, intencionado, conductual, de vida hacia la sombra-luz. En el hombre hay indicios de una estructura celular permanente que parece atravesar lo que llamamos muerte: Ellas serían las primeras células de luz que ya han aparecido en algunos artistas y científicos.

En mi conciencia la realidad carece de voces, y, sin embargo, uso las palabras como invisible sendero entre lo externo, interno, externo. Tal me parece el orden. Un puente en el aire, un puente sonoro. Sin poder realmente explicarnos el fenómeno vida, hemos acomodado, al lenguaje, la realidad del miedo, del desconcierto, y desde base tan incierta, el hombre-especie creó religiones, arte y ciencia. En milenios de repeticiones nos hemos acostumbrado a los significados de los signos y símbolos que creamos.

Algo o alguien hizo de los humanos el centro

de los milagros y de la magia y nos entregó roles parecidos y distintos: unos creen sembrar en la tierra y otros en los astros, unos creen tener hijos de mujeres y otros de diosas; unos ven la luna, otros la estudian, la cantan, la dibujan, la pintan y otros la pisan; unos miden el tiempo de las cosechas, otros miden el tiempo del regreso de los cometas y otros viven en el infinito mundo de los signos del Significador, esforzándose por entender la voz entera y la fragmentada, la limpia y la sucia, la brillante y la opaca, la dura y la balsámica. La voz molida, cambiante y cambiante obedece a leyes vitales, a ciclos, a una conformación anatómo-fisiológica increíble, única, misteriosa, embrujante, donde concurren, además, pautas de sonidos oscuros, sospechosos: ondas de vagos y todavía elusivos significados. ¡Qué pesquisa! Todavía estoy en ella y ya saben cuando la comencé. Esta zona vocal-auditiva, para decir lo menos, es cerebral-sensorial y paralingüística, ya que en ella concurren fenómenos telúricos y astrales: Hay noches en que las estrellas enloquecen a los poetas y días con poetas padres de los fríos, padrinos de amaneceres o alquimistas del viento o de la nieve hecha tinta. He conocido escultores del agua y obispos del ver-

de. El lenguaje suele ser primera luz para el hombre joven porque algunas palabras entibian o que-man o arden en los alrededores del significado. Algunos escritores viejos vivimos cicatrices no siempre chamuscadas.

El que hizo el rol de los poetas sabe muy bien que son sus adelantados del espíritu y siempre, desde Homero, los ha ubicado en el blanco corazón de los almendros floridos, en las subterráneas fábricas del aroma jazminero, en el zumbido del picaflor detenido en el aire, en los húmedos e infinitos microscopios del rocío y en los embriones del hombre de hoy que parece estar llegando a la verdad que contenemos. Nos acercamos, pero aún no visualizamos hechos: somos los dueños de este planeta y de la luna y aún no nos atrevemos a considerarnos vivientes de los cielos. Tal vez nos hemos embriagado demasiado tiempo con el maravilloso licor de las palabras... simples, solamente terrestres, fantasmales.

* * *

Siempre he vivido en barrios populares: Av. La Paz, Independencia, Hornillas. Crecí en el bulli-

cio de la fuerza emocional, colectiva, compartiendo vida y muerte, creciendo entre la miseria y la esperanza de una vida diferente para todos. Así llegué al increíble y realmente mágico Barrio Matadero:

Los niños, tendencia natural, desembocábamos en el verde cuadrangular, alto y bajo del Parque Cousiño, en las orillas del Zanjón de la Aguada, en las cortas líneas del Ferrocarril de Circunvalación, en el teatro de la Población Huemul, en las ciruelas "claudias" del Estadio Militar y en el maravilloso Camino de Ochagavía. Con la experiencia de La Dehesa y del Cerro Blanco bien podía gozar la gloria vegetal-acuática de los lugares nombrados:

El gran rectángulo del parque mostraba, en lo casi externo, ebrios durmiendo "monas" y parejas de enamorados con femeninas, altas y, a veces, bailarinas piernas blancas. Hacia el interior la elipse todavía agrupa árboles y los orilla en la laguna y en la primera isla que mis ojos vieron. En el centro del parque, corazón de tierra suelta, la cancha de fútbol más grande del mundo y la más alegre: 74 jugadores contra 91, los mirones solían robarse los "arcos" hechos con vestones y gorras, cuader-

nos y bolsones. Nunca supimos qué era más importante: un partido, una comisión de volantines o una pelea. Más de una vez los jugadores salíamos detrás de un tricolor cortado: bandera al aire, bandera libre: Patria alada y dueña de nubes y cielos. Apagábamos la sed y el hambre con mote y huesillos revueltos con chancaca en una olla de greda negra, de ancha boca cubierta con un tocuyo gris siempre sucio y húmedo.

El camino de Ochagavía tenía más pájaros que el zoológico: Triles trinando ¡Chile! Tibias tórtolas apuradas, codornices zigzagueantes, gorriones guerreros, chincoles saltarines, zorzales de punto fijo y chercanes de roncadas voces invernales; palomas, tiuques, tordos y, de noche, una lechuza regresaba con nosotros, conmigo, al campanario de la iglesia de la Población Huemul. ¡Qué bulli-cio! ¡Niños, pájaros y perros juntos! Sólo usábamos las hondas para asustar lagartijas. Cansados, hambrientos, nos bañábamos en las aguas del zanjón entre guarenes y chunchules podridos, peleando por vejigas que solíamos inflar: globos de niños pobres. El zanjón era un balazo de agua sucia: El que era arrastrado por la corriente dejaba de ser nadador y niño. Disponíamos de trenes de

carga de los FF. CC. del E. para jugar a los bandidos. Robábamos carbón de piedra y madera. La mercadería la dejábamos caer frente a las callecitas de la Población Santa Rosa, que tienen nombres de héroes de La Concepción. Cuando los carabineros nos seguían a caballo nos bajábamos en la Estación Sta. Elena y regresábamos a pie, caminando por la línea, porque los trenes de mi infancia siempre iban, jamás volvían. Hace unos días, mirando en T.V. westerns italianos, me sonreí. Mi hijo, sorprendido por mi casi risa, preguntó:

—¿De qué te ríes, viejo?

—De una infancia que ahora me está pareciendo increíble . . .

* * *

Las calles se habían transformado en caminos, en paisajes de agua: Cartagena, San Antonio, Valparaíso, Antofagasta, Chillán, Concepción, Talcahuano, Puerto Montt, Aysén y Magallanes. Es orden de visita.

Al mar llegué desnudo, solo y morado por el frío del invierno. Me quité las ropas y corrí hacia

la primera ola de mi vida: Me puso de cabeza en la arena; la segunda me dio a beber un largo purgante salado; entre la sexta o la séptima joroba de agua, floté. Salí sonriendo y tiritando. Un pescador me cubrió con una manta diciendo:

—Hay que ser cabro con h . . . para bañarse en esta época. ¿De dónde eres?

—Santiago.

—¿Cuándo llegaste?

—Recién. Me vine en ese camión.

—¿Conocías el mar?

—No. Vine a bautizarme. Regresaré en otro camión.

—Antes, marinero, beberás café y comerás algo.

Regresé de madrugada, cubierto por una lona fría y húmeda, recolectora de camanchacas y rocíos. Me vine saltando baches y recogiendo cantos de gallos provincianos. Mis párpados jugaron con el sol nuevo, bajo. La helada vitrina de Los Andes había puesto en exhibición sus nieves altas. El sol, disfrazado de violeta argentina, aún invisible, bostezaba oro. Mi madre, prosa de sangre vasca, me quitó a palos, el frío caminero.

* * *

Flaco, joven y medio loco, el profesor de castellano, mirando a través del vidrio de una ventana hacia la calle, dijo:

—Es invierno: Veo adoquines brillantes y paraguas ágiles y negros. Escriban sobre la primavera.

Los alumnos del Cuarto B aceptamos el tema para calentarnos. Yo era un poeta sin voces escritas, un poeta secreto. Escribí:

PREMONICION DE PRIMAVERA

Allá en La Dehesa, en los riscos altos, se hará agua la escarcha de mis alados charcos. Y cuando la flor avance sus fronteras hasta la esquina verde del buey y las acacias, llegarán hasta mí, desde mi infancia, un perro viejo y un caballo blanco. Otra vez el palomo rondará a la paloma, un potro morderá el cuello de las yeguas. Y yo andaré extraviado, cayendo y levantándome entre caminos de aire y rutas de palabras.

En la tarde conversamos:

—¿Qué lees, muchacho?

—Vocablos ordenados por poetas.

—¿Qué buscas?

—Gastar mi vida oyendo, hablando, escribiendo, pensando . . . o pesquisando . . .

—¿Has encontrado algo?

—Sí. Indicios de la gran noche en algunos rincones de mi alma. La voz camino empieza a redondearse, hay almohadas de lluvia en mis insomnios. Estoy aprendiendo, de grandes viejos, a jugar con la soledad, voces y lágrimas.

—¿Hacia dónde vas?

—Nadie lo sabe.

—¿Deseos? ¿Anhelos?

—Sí: Una compañera para este tránsito de muerte. Me gustaría dejar un vástago incoercible.

* * *

Crecí. Empecé a escribir historias breves para “Leoplán”, una revista argentina. Las escribía desde lugares extraños para muchos: Rucapequén, allí nació doña Andrea, mi dulce abuela materna; Carahue, donde una india, pastora de milagros, de ojos claros, fue mi primera novia; Lautaro, un pueblo que llevo en el segundo patio de mi memoria porque aún no lo deshace la lluvia y porque tiene una enorme plaza de cordillera verde reno-

vada. Fui a Buenos Aires por Río Gallegos, Rivadavia, Rawson, Bahía Blanca... En Argentina vino a mí el mismo embrujo de ríos y caminos, las humanas charlas, los sueños de los niños y los inescudriñables destinos de los viejos. Regresé por el Perú: Quería saber cómo era el norte de este largo país del Sur. No llegaba a los 20 años de edad y traía una maleta, de cartón-piedra, llena de hojas escritas en caseríos andinos, en claros de selvas, islas y pueblos de casi todo el sur continental de América. Los temas de esas hojas eran, Uds. ya lo saben: La Dehesa, Av. La Paz, Matadero, Cartagena, Valparaíso, Antofagasta, Nueva Imperial, Chillán, Concepción, Talcahuano, Puerto Montt, Aysén y Magallanes.

La llamada nostalgia es, fundamentalmente, la raíz geográfica de algunos creadores.

Esta fragmentada patria de piedra gris y agua azul, de verde corazón de cobre y pino, sigue teniendo en sus entrañas un ¡ay! de doloroso amor: Me lo dice el viento, gran chismoso de costas y cordilleras que, a veces, suele anidar entre estatuas campesinas y tumbas de pescadores y mineros y entre cruces camineras de este mágico país-obispo de todos los fríos y de todas las durezas... y yo

lo repito y lo sigo repitiendo en cientos de relatos
y en ocho libros editados aquí y en el extranjero.

PALABRAS DEL EDITOR

Este escritor nuestro publicaba cuentos en "Leoplán" antes de cumplir 18 años de edad.

Mientras fue perito del Laboratorio de Policía Técnica escribía para la revista "Detective" y para la que más tarde se denominara "Revista de Policía Científica".

Al crear y dirigir, durante 10 años, 1947-1957, la Brigada de Homicidios, escribe en revistas y diarios santiaguinos.

Al convertirse en profesor de Criminalística 1944-1966 Escuela de Investigaciones, Escuela de Periodismo de la U. de Chile e Instituto Técnico de la Policía Judicial, Caracas, Venezuela, escribe los ensayos "Edmond Locard", "Juan Vucetich", "Harry Södermann", "Los indicios", "Policía Inglesa", "Delitología", "Prevención" y "Victimología". Los publica en la revista de "Criminalística" de Venezuela; algunos de estos en-

sayos fueron traducidos al inglés y al francés por Interpol, para las policías asociadas a ese organismo.

Su cuento "La bailarina de los pies desnudos", 1950, aparece en "Los mejores cuentos policiales", antología hecha para Zig-Zag por el periodista José María Navasal.

Raymond Cartier, director-propietario de "Paris Match", dijo de él: "Debe ser uno de los mejores policías del mundo".

Tres veces ha sido contratado como investigador oficial de la O.E.A.: Bolivia, 1959, muertes de Unzaga de la Vega y de René Gallardo Gallardo; Venezuela, 1960, atentado contra el Presidente Rómulo Betancourt y Santo Domingo, 1965, asesinatos de policías.

Ha representado a Chile en innumerables congresos internacionales de Criminalística. En Estambul, 1955, fue elegido Director de Policía Científica.

Ha publicado: "El pasajero de la muerte", 1969, Editorial "Teele", Santiago, cuentos y una novela policial. "La otra cara del crimen", 1970. Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, novela; "Qué sombra más larga tiene este gato", 1971, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, novela; "Taxi para el insomnio", 1972, cuentos y una novela; "Un soldado para Lucifer", 1973, Editorial Francisco de Aguirre, novela; "La pluma del ángel", 1974, Editorial "Sembrador", Santiago, cuentos y relatos policiales; "De las memorias del inspector Cortés", 1976, Editorial Nascimento, cuentos: obtuvo el premio "Libro de oro" y "Más allá del cri-

men", 1978, Editorial Nascimento, cuentos y relatos policiales, el premio de la Academia Chilena de la Lengua.

Estudió Criminalística en USA., Inglaterra y Francia, y en las grandes bibliotecas de Washington, Londres y París, pesquisó a Poe, Wilde y Baudelaire, sospechosos geniales...

Nos conocimos en la calle y cuadra de nuestra casa y de nuestra imprenta-editorial, A. Prat, cuando éramos solamente muchachos y vivían nuestros padres. Ya viejos o casi, lo editamos con placer. Siempre estamos hablando de libros, escritores, familiares, amigos, política y políticos. Vergara es un demócrata visceral y se entrega como el sol, la lluvia, el viento o la sombra. Soy su lector primero: lo leo, sobresaltadamente, en galeras: me parece increíble que aún no se le haya roto su humanísimo corazón testimonial...

EN LA SERIE

**¿QUIEN ES QUIEN EN LAS LETRAS
CHILENAS?**

La Agrupación Amigos del Libro ha publicado los títulos correspondientes a los siguientes autores:

Roque Esteban Scarpa

Miguel Arteche

Gabriela Lezaeta

Manuel Francisco Mesa Seco

Cecilia Casanova

Fernando González-Urizar

Julio Flores

Antonio Cárdenas Tabies

Jaime Quezada

Emma Jauch

Carlos Ruiz-Tagle

Alicia Morel

María Silva Ossa

Isabel Velasco

Juan Antonio Massone

Pepita Turina

María Urzúa

Hugo Montes

Nicolás Mihovilovic

Ester Matte Alessandri

Enrique Neiman

René Vergara

Hernán Poblete Varas